

# NO SIEMBRES CON ODIO

JACK HOFFENBERG



Cuatro generaciones de una misma familia unidas por las pasiones más contradictorias.

*Con todo mi amor dedico este libro a mi  
esposa Mary Joel.*

# NO SIEMBRES CON ODIO

Jack Hoffenberg

## RECONOCIMIENTO

*Considero muy difícil que alguien escriba su primera novela enteramente solo. Porque para escribir esa primera obra, entre otros factores, son precisos el ánimo y la fe de los buenos amigos, esa especie de «droga milagrosa» que disipa los miles de dudas, tormento del escritor que por primera vez en su vida se entrega a una tarea importante. Y luego están, también, esos largos días, noches y meses de dura labor, sin que se vislumbre la menor esperanza de que tal esfuerzo sea recompensado, al fin, con la buena acogida de un editor.*

*Desde esta página me dirijo a todos mis buenos amigos, a los que con ánimo y fe crearon esa «droga milagrosa», respondiéndoles con un sencillo y humilde «gracias».*

*En particular deseo hacer extensivo mi agradecimiento a David Chesler; a mi abogado y gerente comercial Herbert B. Schlosberg, de Hollywood; a mi agente literario Marie Wilkerson, de la Agencia Literaria de Park Avenue Inc., de Nueva York, y a mi editor Robert M. Amussen, de E. P. Dutton & Company, Inc.*

*Sherman Oaks, California.*

Jack Hoffenberg

## 1

Al abandonar el aeropuerto de Atlanta conduciendo el automóvil y entrar en la autopista que le llevaría hasta Laurelton, Wayne Taylor esbozó una sonrisa de satisfacción. ¡Cuánto más fácil, más rápido y más eficaz resultaba este sistema de alquilar coches, disponer reservas en hoteles, y tantos mil cómodos detalles, en comparación con la terrible confusión y excitación humanas que había dejado tras él, allá en Italia...!

Recordaba en particular al empleado de recepción del Royal Gondolfo, en Nápoles, quien le entregó la carta y el cablegrama que, repentinamente, cancelaron su estancia en la ciudad, obligándole a solicitar en el acto la reserva de una plaza en el primer avión que saliese para Roma, más otra reserva en el reactor con destino a Nueva York.

Después de escucharle atentamente, objetó el empleado:

—Signor, ¿en los nuevos aparatos de reacción que van a Nueva York? No..., no es posible, signor; las plazas están reservadas desde hace meses. No, no, signor, lo siento, pero no puedo...

La simple transferencia de unos cientos de liras de propina le permitieron atravesar aquella muralla de aparente congoja. El empleado se apresuró a llamar por teléfono a Roma y dispuso todo lo necesario para el rápido viaje, acompañando sus charlas telefónicas con expresivos ademanes y exclamaciones tiernas. Al fin, Wayne se encontró instalado en un cómodo asiento de primera clase en el

reactor trasatlántico que partía hacia Nueva York, el que, ciertamente, llevaba vacía la tercera parte de sus plazas.

Ya en Nueva York, todo pareció empezar a ser sencillo y fácil. El tren, sin detenerse ni una sola vez, le había llevado hasta Atlanta, donde a los diez minutos de llegar ya disponía de un coche de alquiler —para conducirlo por sí mismo— y ahora en menos de tres horas estaría en Laurelton. En el hogar.

A pesar del calor húmedo de las primeras horas de aquella noche de verano, Wayne sintió cómo un escalofrío recorría todo su cuerpo, y un pensamiento de la infancia acudió a su mente, una frase que le había enseñado a él y a Susan, el viejo Jeff..., o quizá Amy: «Alguien está hollando mi tumba»...

Ciertamente, después de permanecer cuatro años en Europa en un voluntario exilio, sentía tremenda ansiedad por regresar adonde pertenecía. También era cierto que en los cuatro años de ausencia solamente una vez regresó a su hogar, en ocasión de la muerte de su abuelo Jonas Taylor..., aunque a decir verdad, entonces sintió serias dudas antes de emprender el viaje, y su estancia sólo duró una semana. El funeral de Jonas Taylor constituyó uno de los acontecimientos más grandes —en cuanto a la numerosa asistencia de público— jamás celebrado en Cairn County. Wayne sintió... muy pocas cosas: desdén, temor, ¿o quizá menosprecio? Por lo menos era algo muy diferente y en mucha menor escala, que aquella general manifestación de duelo mostrada por una comunidad que Jonas había gobernado y guiado con férreo puño paternal e inquebrantable fuerza, durante tantos y tantos años..., en favor de la cual —era preciso admitirlo— había hecho tantas cosas.

La mano izquierda de Wayne se apartó inconscientemente del volante del coche y se introdujo en el bolsillo de su americana de seda, donde, tras el duro pasaporte, descansaban el cablegrama recibido en Nápoles y el sobre un poco más grueso que contenía la carta. Al tocar los pape-

les, experimentó la misma sensación de culpabilidad sentida en Nápoles; era como si le remordiese la conciencia por haberse encontrado ahora también tan lejos cuando su padre Ames Taylor muriera. Aquel sentimiento de culpa provenía de la absoluta certeza de que Ames siempre quiso verle de nuevo en casa después de la muerte de Jonas; deseaba su presencia en el hogar de Laurelton, entre la gran corporación familiar, en la plantación y en el Banco.

Pero ahora el hogar representaba para él un cierto vacío, al tener que enfrentarse de nuevo con su hermano mayor Stuart. Significaba que no podría quedarse en Laurel, ahora que Ames se había ido. Susan quería que se quedase en su casa de Betterton, con ella y con su marido Johnny Curran, pero decidió no hacer planes hasta que hablara con su hermana y averiguase lo que se escondía tras aquella carta. Recordaba perfectamente el momento en que, tanto el cablegrama como la carta le fueron entregados por el empleado de recepción del hotel, aceptando ambas cosas con una extraña sensación de intranquilidad y malestar, como si algo diabólico se hubiera apoderado de su espíritu. El cablegrama y la carta fueron, en principio, dirigidos a su piso de París, y en ellos destacaban nítidamente los mata sellos de las estafetas de Correos por donde pasaron sucesivamente, así como las varias direcciones de eventual residencia en el curso de su viaje a través de Niza, Lucerna, Lago Como, Roma y Nápoles.

La fecha de la carta indicaba tres semanas transcurridas. El cablegrama solamente hacía ocho días que había llegado a París. Wayne abrió y leyó primero la carta.

Susan le escribía comunicándole que su padre había sufrido otro fuerte ataque al corazón, mucho más grave que el anterior de hacía dos años. Stuart —seguía diciendo Susan en la carta— insistía en que su padre debía permanecer con él en la casa grande de Laurel, a pesar del hecho de que Ames Taylor, más de una vez, pidió le trasladaran a la cercana casa de Susan. La carta continuaba:



«No sé qué clase de maldad se encierra ahora en el cerebro de Stuart, ni lo que pretende hacer, Wayne. El doctor Harrison manifestó, repetidas veces, que sería mucho mejor trasladar a papá, para que así estuviera más directamente bajo sus cuidados, pero Stuart insiste en que sería peligroso... Como si alguna vez le hubiese importado, o le importe, lo que pueda ocurrirle a papá. Puede solamente significar una cosa: que tema que a última hora papá pueda cambiar su testamento y posiblemente crea es más seguro para él vigilarle de cerca en Laurel; vigilar tanto sus movimientos como los de los que vienen a visitarle.

«Creo que debes venir a casa tan pronto como te sea posible. Sé que papá te echa de menos mucho, no sólo ahora sino desde hace mucho tiempo. Todos los días voy a visitarle a Laurel, y siempre me pregunta por ti».

Poco más decía la carta: unos cuantos comentarios sobre Johnny, su esposo, y unas líneas más dedicadas a Jeff y Amy, mayordomo y ama de llaves de Laurel que casi los habían visto nacer a todos. Pero en ningún lugar de la carta mencionaba para nada a Coralee, la esposa de Stuart, y este detalle era quizá la omisión más notable en aquellas cuatro cuartillas escritas a mano.

Y, ahora, también recordaba las cortas líneas del cablegrama, con tanta nitidez como si las leyese reflejadas en una pantalla frente a él. Cuando lo abrió, en Nápoles, ya sabía, instintivamente, cuál era su contenido. Simplemente explicaba:

«Papá falleció apaciblemente esta mañana, cuando dormía. El domingo es el funeral. Espero recibas la noticia a tiempo. Besos. Susan».

La sensación de culpabilidad que ahora invadía su espíritu era más indulgente, más benigna; desde luego menos inquietante que la que le abrumó con su peso en la ha-

bitación del Royal Gondolfo. Entonces le pareció ser algo insuperable.

Se puso a recorrer a grandes pasos la terraza y el dormitorio, con los nervios en tensión, sin fijarse para nada en el fantástico espectáculo que ofrecían las luces de la ciudad que comenzaban a parpadear en el hermoso crepúsculo, extendiéndose como si sobre la urbe se hubiera volcado, descuidadamente, un gigantesco arcón de deslumbrantes joyas, que relucían aquí y allá sobre el fondo púrpura oscuro que rodeaba la base del majestuoso monte Vesubio.

Se acercó hasta el teléfono, levantó el receptor, y tras algunas dificultades para hacerse comprender por el operador de la centralita, pudo expresarle su deseo de celebrar inmediatamente una conferencia trasatlántica con su hermana, la señora de John Curran, en Laurelton, Georgia, Estados Unidos de América. Una breve ojeada a su reloj hizo calculara que, siendo entonces casi las nueve de la noche, en Laurelton serían aproximadamente las tres de la madrugada. Por un momento estuvo a punto de cancelar el aviso de conferencia y esperar hasta el día siguiente, pero sentía una tremenda necesidad de oír la voz de su hermana. Borró la idea de su pensamiento.

Cuando al fin le pusieron en comunicación, escuchó la voz de Susan que hablaba empleando un tono de voz desusadamente alto, transido de emoción al escucharle a él..., ¡desde Italia!, y sobre todo, ¡a aquellas horas de la madrugada!

Hubo un rápido cambio de impresiones, explicaciones y disculpas. Ella le había llamado a París, pero fue demasiado tarde. Su hermano acababa de partir de viaje y no pudo hacer comprender al conserje que deseaba conocer el itinerario seguido por el señor Wayne Taylor. Finalmente, desesperada, envió una carta urgente, y cuando la muerte se llevó a Ames dos semanas más tarde, cursó el cablegrama.

—Todo va bien, Wayne, ahora todo marcha bien. ¡Es tan maravilloso estar hablando contigo...! ¿Quién...?

¿Johnny...? Está en este momento medio dormido y murmurando entre sueños no sé qué sobre las personas a quienes se les ocurre llamar por teléfono a estas horas, o algo sobre números equivocados... No, está estupendamente, te lo aseguro, Wayne.

Había muy poco más que ella pudiera añadir a la finalidad del cablegrama. Tanto el condado en pleno, como la ciudad, habían asistido al funeral. El gobernador envió, asimismo, un telegrama de condolencia y un representante personal. Stuart, por supuesto, seguía viviendo en Laurel, pero existía algo en el testamento de Ames que evidentemente tenía que ser de gran interés para él. Tanto Tracy, el abogado de la Corporación, como el suegro de Stuart, se mostraban ansiosos de posponer la lectura del testamento, empleando la ausencia de Wayne como disculpa a tal demora.

—Vendrás a casa ahora, ¿no, Wayne? Ya hace mucho tiempo que faltas de aquí y creo que Stuart trama alguna cosa extraña. No me preguntes qué, querido. Es... intuición femenina, o sospechas..., llámalo como gustes. Tú le conoces tan bien como yo.

Por favor, Wayne, me preocupa que no estés aquí para cuidar de tus propios intereses. ¿Vendrás pronto a Laurel?

—Desde luego, Susie. Ésta es la razón de haberte llamado ahora. Además ya hacía tiempo que quería volver a casa. Pero no te preocupes, que de cualquier manera saldré para ahí en cuanto pueda tomar el primer reactor para Nueva York. No creo que tarde más de tres o cuatro días; esto depende de los enlaces aéreos... No; partiré directamente desde Roma en lugar de volver a París. Dejaré mi coche aquí, y compraré por el camino lo que necesite para el viaje, así que te veré a ti y a Johnny más pronto de lo que pensáis. Dale un abrazo muy fuerte de mi parte, y ahora vuélvete a la cama.

Aunque todo parecía quedar muy lejos, en realidad no habían transcurrido más que dos días desde su conver-

sación telefónica con Susan. Ahora, conduciendo a lo largo de aquella carretera tan familiar, le parecía que las cosas habían cambiado muy poco; según tomaba las curvas del camino hacia casa, experimentaba la sensación agradable de haberla abandonado hacía una o dos semanas solamente.

Todo se había acabado para Ames Taylor. Wayne recordaba tristemente al padre que amó y que nunca llegó a entender del todo. Le desorientaba y le molestaba profundamente darse cuenta de su falta de emoción ante el fallecimiento, de su incapacidad física de verter una simple lágrima por él. Sin embargo, no podía olvidar que desde la infancia le había visto desgraciado a consecuencia del carácter imperioso de Louisa, su propia esposa, o por culpa del abuelo Jonas, e incluso debido al proceder de Stuart. Wayne rememoraba en aquellos momentos tantas escenas familiares desagradables, que sus ojos llegaron a cubrirse por un velo de irreprimible tristeza.

¿Por qué?, se preguntaba. La respuesta parecía centrarse siempre sobre el abuelo Jonas, un hombre de una fortaleza, de bronce, que poseía además una especie de impaciencia agresiva unida al desprecio que sentía por todo aquel que consideraba débil. No había duda que consideraba a Ames como un alfeñique, quizá como un defecto surgido en la línea de los legendarios Taylor, el primero de los cuales, llamado asimismo Jonas, llegara a tierra extraña para perpetuar su nombre y apellidos, y hacer una fortuna entre los salvajes nativos.

También éste demostró ser hombre de poderosa fortaleza y en el año 1767, siendo el más joven de todos los hermanos, seis en total, no encontró mejor solución que abandonar Inglaterra para hacer fortuna, ya que su oportunidad de heredar se presentaba bastante remota. A dos de los cuatro hermanos mayores también se les ofrecía la ocasión de partir hacia tierras lejanas, pero prefirieron quedarse am-

parados a la sombra de la seguridad que les deparaban las propiedades paternas. Y así el primer Jonas Taylor, con el pasaje pagado, con sus ropas y otros artículos de necesidad metidos en cuatro baúles, una Biblia de familia y cien libras cosidas en su cinturón, partió para América tras recibir las bendiciones del padre y las lágrimas de la madre. Sus hermanos le consideraban un tipo curioso y aventurero, mientras que su hermana Claudia, dos años mayor que él, quedó profundamente aturdida.

Durante todo el tiempo que duraron los diversos preparativos de su partida, Jonas no pudo apartar de su pensamiento la idea de que solamente el hijo mayor fuese quién debía heredar al padre, y los demás verse obligados a vivir en el país contemplando al primogénito, o irse a cualquier parte sin mucho más de lo que quisieran entregarle como regalo de despedida. Toda su cólera la centraba en la figura del padre.

—Es el derecho de la herencia, hijo —le había dicho Samuel Taylor, calmosamente, mientras esperaban juntos en el muelle a que llamaran a Jonas para subir a bordo con los demás pasajeros—. No puedo cambiar ni las costumbres ni la moral de la humanidad, ni tampoco puedo impedir que hagas lo que más te convenga. Vete, Jonas, con todas mis bendiciones y mi amor, pero vete, parte de aquí, con tu corazón libre de odio hacia Edmund. El mayor de tus hermanos no tiene la culpa de nada. Estoy seguro de que comenzarás una nueva vida muy lejos de aquí, pero..., si fracasas..., recuerda que siempre podrás volver a casa. Vete ya, hijo, y siembra tu semilla en las colonias, pero siembra sin odio, y así no recogerás una cosecha de lágrimas.

Jonas embarcó en el «Claridge», profundamente decidido a no fracasar, ni a regresar a Inglaterra para vivir de la caridad de su hermano Edmund. Joven, fuerte, y con una buena cabeza sobre los hombros, muy pronto se convirtió en uno de los más fervientes seguidores de James Oglethorpe, a quien se le habían cedido grandes extensiones de

tierras en Georgia. Allí se casó Jonas y después se fue hacia el norte y más tarde al este, donde nació su hijo Johnathon. De los tres hijos de éste destacó el menor, Gregory, y en el año 1870 Gregory tuvo otro hijo que también recibió el nombre de Jonas. Todos estos hombres, Jonas, Johnathon, Gregory y de nuevo Jonas poseían una cosa en común: todos eran fuertes física y mentalmente, y cada uno de ellos había seguido los mismos pasos de su padre, como grandes organizadores y constructores, siempre deseando superar las hazañas y esfuerzos de su predecesor.

Más tarde llegó el hijo de Jonas contemporáneo, Ames, padre de Wayne; Ames, a quien consideraba su padre un alfeñique. Y ahora Wayne se preguntaba si su falta de emoción se debía quizá al vago presentimiento de que Ames Taylor pudiera haber deseado no vivir más tiempo, que hubiese preferido morir antes de vivir como lo estaba haciendo..., abandonado por Wayne, despreciado por Stuart, enfermo e incapaz de ir todos los días a su muy amado Banco, refugio que para él era como un segundo hogar, el hogar que le faltaba desde la muerte de su madre, tendido en su lecho sin poder hacer otra cosa que pensar y pensar...

... Pensar en los demás Taylor que le precedieron, en su fuerza, en su vitalidad, en todos aquellos verdaderos hombres de acción. Pensar en su abuelo Gregory, que pasó los últimos meses de la guerra, herido y delirando, postrado en los pantanos de Okefenokee, soportando increíbles sufrimientos, después de la rendición, primero de Atlanta y más tarde de Savannah, al temido y odiado yanqui Sherman. Luego había regresado a Laurel para reconstruir su plantación y la fortuna de los Taylor, restaurar el pueblo, Crossroads, firmemente decidido a que no desapareciera del mapa; y vio después cómo poco a poco se iba convirtiendo en una ciudad de respetable extensión, población e importancia en el Estado y en el condado, que más adelante se la bautizaba con el nombre de Laurelton, igual que su propia plantación, Laurel, como muestra del amor, respeto y

gratitud que le debían, por lo que él había hecho por todos...

... Pensar, asimismo, en el hijo de Gregory, Jonas —su progenitor—, que creció bajo la rígida vigilancia de un padre amante, en cuya compañía montaba, cazaba y trabajaba, como debía ser entre padre e hijo, para heredar más adelante la ambición, energía y puntos de vista del padre; para continuar la tarea, después de la muerte de Gregory, siendo otro poderoso constructor más, otro forjador...

... Pensar en sí mismo, en Ames, hijo de Jonas, que constituía una desilusión ante los ojos del padre. Enfermo al nacer, delicado durante la juventud; protegido, mimado y dominado por una madre en extremo celosa, que perennemente temía por su vida. Ames, cuya mente ilustrada y aptitudes para las finanzas y organización, le conducirían, con el tiempo, a llevar una vida sedentaria, tras la mesa de su despacho en el Banco que Jonas fundara y regalara a su hijo para mantenerle alejado del camino de los hombres fuertes, que fueron y seguían siendo, factores vitales para convertir una comunidad agrícola en una ciudad industrial...

... Pensar en Stuart, nacido de la hermosa Louise, otro hombre que poseía aquella tremenda fuerza interior e impulsos enérgicos. La misteriosa cualidad que a él, Ames, le faltaba, siendo sustituida por frecuentes accesos de cólera que le alejaban del amor de sus semejantes; Stuart, quien como él mismo, Ames, admitía silenciosamente, debía haber sido hijo de Jonas en lugar de serlo suyo...

Y finalmente..., pensar en Wayne y Susan, los gemelos también hijos de Louise, producto de una arrolladora tempestad nacida dentro de sí mismo, hijos de un incontrolable y apremiante instinto que nunca pudo creer fuese capaz de desarrollar; los dos gemelos que le amaban y le tendían su mano, aun cuando él pudiera darles muy poco de sí mismo.

En el cruce de Twelve Oaks, Wayne hizo entrar el coche en la carretera número 307. Continuó la rápida marcha a lo